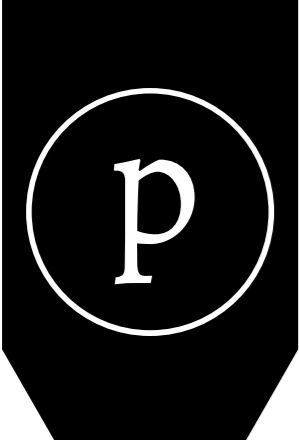


• CHANTAL CARDOSO

CAPUT que hace **DING DONG**

No tuve una tortuga cabezona cuando era niña. Uno de esos juguetes cuyo atractivo consistía precisamente en la desproporción de los miembros (supongo que siempre resultará apasionante lo divergente); ello permitía mover la parte superior de un lado a otro. Había un placer dormitando en esa oscilación, hoy difícil de explicarlo. Mi amiga no tenía nombre- o al menos no lo recuerdo, quizás haya sido borrado por tantas capas de existencia que yacen sobre la vida prístina- pero sí tres lunares rojos a lo largo de una cabellera imperceptible. Me gustaban los puntos con brillantes también sanguíneos porque al pasar las yemas, me calmaba la porosidad de aquel cráneo verde. La tortuga no venía sola, una sombrilla pudorosa- la rigidez del diseño ni siquiera había hecho visibles sus varillas-, bloque amarillo cuya uniformidad se extendía a la flor que actuaba como apaciguadora de cualquier rebeldía metálica, la acompañaba. El accesorio se sostenía por un bastón de goma y morado, ahora desteñido y con mordidas. La ansiedad de los años posa su transcurrir donde le place, sin dudas. Yo tengo una tortuga cabezona, pero no es la misma, aunque nunca haya comprado otra. ¿Será ella la intrusa, la aleta negra del pez cristal, o seré yo, yo con doce años más que ya no entiendo por qué alguna vez tuve un animal inquisitorio de pupilas dilatadas- uno de cuyos componentes perturbadoramente está pintado de violeta- y al inútil paraguas que jamás, ni ella ni yo, hemos podido abrir? Y mira que se me han inundado los huesos, tal vez demasiado, tal vez sea hora de guardar a mis amigas en un cajoncito al fondo del mueble donde ya nadie mira y comprar una sombrilla de verdad.



● CHANTAL CARDOSO

Θάλαττα

Me producen escozor- o mejor, “me pican”, pues seguro alguien dirá que aquel no es el lenguaje de una niña-bueno, me pican los perfiles de las olas entre mis cabellos sucios y enojados. Puedo escuchar a los leones marinos que se ocultan tras los últimos pelitos de mi selva acuática, donde encuentran refugio ante la aburrida labor de estas manos. Entonces aquellas criaturas empiezan a reír mientras realizan deslices laberínticos-no quiero hablar solo como una niña- por mis pequeñas orejas, pequeñas como las de papá que no pudo venir a ver el mar, pero que sí lucía dos monstruos, bien divertidos por cierto, que se jalonaban sus cabellos como si fuera el juego de la cuerda. Tengo granitos de arena durmiendo, bien distribuidos a lo largo de las aristas de uno de los triángulos lagrimales, pero no quiero despertarlos. Su porosidad ya forma parte de mis ojos, de hecho, creo que uno de ellos-rebelde a la siesta-se ha tornado lucecita en mi pupila. Ahora estaré más linda para cuando papá me vea. Sí, he venido corriendo hasta la orilla sin zapatos, pero luego las algas que trajo la arena me tiñeron los pies. Algunas han hecho círculos en mis uñas, otras se han acurrucado entre los vacíos de mis dedos-dicen que papá nunca dejaba que lo vieran sin zapatos-y andan ahí bien pegadas, casi hechas bolas. Me recuerdan a ellos dos abrazados, o a ella arrugando adrede la funda de una almohada que ya lleva mucho tiempo lisa. Y también a las bolitas de carne que la abuela masajea entre sus manos-que son de carne pero bien podrían ser verdes y de sal como las de mis huesos-y de las cuales siempre guarda tres en un pozuelito azul que nadie abre en el fondo de la nevera, en esa parte donde el horizonte blanco se vetea de amarillo. Ahora tengo dos manchas verdes al final de mi cuerpo. Espero que a papá le gusten. Cuando él vuelva prometo que seré toda mar.